

Rosío Rendón

Corazón de grafito

A mi padre

Madrugaste. Estarías soñando en tu sosiego negro del monte cuando las ansias te despertaron. El corazón como perrito próximo a paseo te ladraba que te apures, que ya es hora, ¡vámonos, Juan a la mina, mina, mina! .Tu corazón-perro viejo, que ya no era el mismo, que ya tuvo dos batallas furtivas, que ya cojeaba, tu corazón-perro viejo siempre niño.

Abriste tus ojos, y quedaron desplegadas así dos hileras de pestañas arriba y dos abajo, como casitas, como envoltorio de dulces a medio abrir, como campamento minero; viste a tu hermana dormida, miraste a tu papá, un bebé arrugadito en su cama, enrolladito y te dio tristeza porque sabías que pronto se habrá de ir. A lo mejor visualizaste ese momento y te viste a ti mismo huérfano y se te estaban quitando las ganas de jugar, por eso te apuraste a levantarte sacudiéndote la cabeza para que eso se diluyera; entonces la lengua se te puso café, “calientito café”, pensabas al momento en que sonó la ollita bajo el chorro del agua y el cerillo invadió el aire con el olor de su muerte. A la taza se le cae el agua hirviendo encima y la besas después de darle sus cucharaditas de alivio instantáneo, la besas, y la besas más de diez veces hasta que se queda dormida y fría, como muerta, mientras se le fue poniendo fría la piel. Entonces la enterraste en el fregadero.

Saliste del cuarto para avisarle a Domingo que ya casi era hora de partir. Lo encontraste todavía dormido y por eso le echaste las cosas encima para que se fuera despabilando, pero tiene el sueño pesado este Domingo y cuando por fin pudiste despertarlo ya lo tenías listo, y tú arriba de él le dijiste: “ándale, ya vámonos, Domingo, quiero llegar temprano a la mina. Vámonos de una vez, porque ya quiero ir tirando por la carretera la rodilla, el ojo malo y la diabetes. Allá se me olvida que hay ciudad. ¡Apúrate Dominguito!, ¿que no ves que necesito ponerme negro?”

Y te fuiste.

Como cualquier otro martes te fuiste, nadie sabe si tenías el jueves en mente, con el camino de regreso. A lo mejor notaste esa mañana gotitas frescas en las hojas del torote y te sonreíste pensando en rocío pero con “s”, y te metiste a la mina mientras cantabas,

y la ciudad ya no existió para ti,

y ya no te dolió nada.

Recordaste las gotitas frescas del torote y seguramente seguiste sonriendo todavía después, cuándo la mina bostezó, porque no tenías nada de que quejarte ya.